

güenza de decir públicamente que ignora tal ó cual cosa, y acepta con placer toda enseñanza y toda corrección que pueda dársele.

Sin duda que esto supone en él otra disposición; toma la verdad á pechos. Aquel para quien es indiferente la verdad, ó aquel que quiere aceptarla únicamente á condición de que contribuya á su honor, no saludará con reconocimiento la intervención de la autoridad. Pero el que no se propone otra cosa que entrar por las puertas de la verdad, no encuentra deshonor alguno en esta dolorosa queja:

«Sobre débil eskuife, me es preciso, por desgracia, desafiar las olas furiosas del mundo; y en esta vía desierta, bordeada de arrecifes, no encuentro nadie que me socorra». ⁽¹⁾

6. La Iglesia como defensa de la libertad.—Así, es un gran beneficio para nosotros y una maravillosa disposición de la sabiduría divina, que el Fundador del reino de Dios nos haya ordenado que nos dirijamos á la Iglesia en todos los casos, desde nuestros primeros pasos en la vía de la salvación, hasta en las más altas cimas de la perfección.

No estará de más insistir sobre este punto. Ese espíritu indomable, que se manifiesta con tanta frecuencia en el dominio de la mística, se complace en atribuirse luces y perfección especiales, y pretende que toda dirección y todo auxilio externo antes se convertirían por él en obstáculos que en auxilio. Y en prueba de lo que adelanta, no teme referirse á las palabras de la Sagrada Escritura: «Pero guardad bien aquello que tenéis recibido de Dios hasta que venga á pedir os cuenta». ⁽²⁾ ¡Como si este pasaje nos dispensase de ser guiados y enseñados por otros! ¡Como si, antes bien, no quisiese decir que somos suficientemente esclarecidos por las enseñanzas y la gracia de Dios para tener conciencia de nuestra responsabilidad, de nuestra miseria y de la obligación en que estamos de obedecer!

(1) Vittoria Colonna, *Wetl. Sonette*, 62 (Ardnts, I, 193).

(2) I Joan., II, 25.

De este espíritu provienen las falsas doctrinas de que ya hemos hablado. ⁽¹⁾ Todas conducen á esto, á saber, que, para los perfectos y para los iluminados, la Iglesia, la obediencia, el culto de Dios, los sacramentos y todas las prácticas externas, son absolutamente inútiles.

Ahora bien, semejante lenguaje equivale á alejarse muchísimo del verdadero camino que conduce á la salvación.

Los grandes maestros de la perfección, los santos, han sido al propio tiempo los hijos más fieles de la Iglesia, los más celosos guardianes de sus derechos y los que han observado sus menores preceptos del modo más escrupuloso. Ellos son los que se han sometido con extremada fidelidad, no sólo á lo que ella ha definido expresamente como artículo de fe, sino que también en las cosas libres han ordenado sus opiniones de conformidad con las preferencias ó deseos de la Iglesia. ⁽²⁾ Han pensado y obrado de acuerdo con lo que han oído que constituía las miras de la Iglesia. Para ellos, sus deseos eran órdenes, y su práctica una ley. Hubiérales sido imposible preferir su propio espíritu al espíritu de la Iglesia. Y así como el niño, en el seno de su madre, vive de la misma vida que ésta, así vivieron ellos unidos á la Iglesia; no hubieran podido vivir separados de ella.

Según esto, todos los santos y todos los doctores animados del espíritu de la Iglesia proclaman que la primera nota característica y la más segura piedra de toque de la verdadera vida espiritual es la unión con ella en pensamiento y acción. ⁽³⁾ Lo que no se armoniza con la doctrina y costumbres de la Iglesia, queda juzgado por adelantado. Cuanto más unido está uno á la Iglesia, más seguro está de la unión con su Fundador y Señor, autor de todas las gracias, modelo y fin de toda santidad. La virtud sobrenatural, lo mismo que la certeza de la salvación, disminuyen en el mismo grado en que uno se aleja de

(1) V. *supra*, Conf. I, 13.

(2) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 479 y sig.

(3) V. Vol. VI, Conf. 22.

la Iglesia. Cuanto más estrechamente ligado está uno con la Iglesia, es decir, con el cuerpo de Jesucristo, más se adhiere «á la Cabeza de la cual todo el cuerpo, recibiendo la influencia por sus ligaduras y coyunturas, va creciendo por el aumento que Dios le da». ⁽¹⁾

7. Triple necesidad de limitar la vida pública de la Iglesia.—Si esta verdad se aplica ya á la vida individual perfecta, florece todavía más cuando consideramos que el hombre no podría llevar á cabo su empresa, ni alcanzar su perfección, si se limitase únicamente á sí mismo, y si se separase de aquellos que trabajan con él en la realización del reino de Dios.

Por más que uno parezca perfecto mientras vive separado del mundo, en el desierto, siempre se creará que su virtud no es más que aparente. No es difícil practicar la paciencia allí donde nadie la pone á prueba. Pero lanzad á una asamblea, donde las cosas más serias son atacadas con todo el odio de la pasión, á un hombre que ni siquiera había tenido ocasión de ver á sus semejantes en el espacio de cincuenta años, y veréis como pierde su calma. No es esto difícil de comprender, porque jamás había tenido ocasión de practicar el dominio personal que exigen las relaciones con los hombres. Lo que ocurre con esta virtud, ocurre igualmente con las demás. De aquí que los grandes maestros de la vida espiritual, los antiguos Padres, no considerasen jamás como bueno que alguien se retirase por completo á la soledad, antes de haberse afirmado suficientemente con todas las virtudes con la práctica de la vida común. Y luego, aun entonces, aconsejaban siempre al solitario que de vez en cuando volviese á entrar en la comunidad, á fin de que el contacto con los otros, le impidiese caer en singularidades peligrosas. ⁽²⁾

Con esto dieron pruebas de su perfecto conocimiento de la naturaleza humana, al propio tiempo que comprendieron admirablemente que ésta corre el riesgo de no resolver su

(1) Col., II, 19. Cf. Eph., II, 19 y sig.

(2) Cassian., *Coll.*, 19.

empresa, si no era guiada en el buen camino por vigorosos medios externos.

Nunca se predicará con la frecuencia debida que el hombre se pertenece ante todo á sí mismo; sólo que esta expresión *ante todo*, no quiere decir que se pertenezca á *él solo*. El hombre pertenece igualmente á la comunidad.

De aquí que toda virtud que tienda á impedir que salga de sí mismo, es sospechosa. El dominio personal sólo puede obtenerse á costa de grandes luchas, como leemos á propósito de San Gregorio el Magno. Pero esto no hace más que aumentar el mérito del sacrificio, y pone en seguridad contra el peligro de difundirse demasiado en lo exterior. Con todo, esta inclinación al retraimiento no debe ir tan lejos, que sea para alguien el medio de evitar sus obligaciones para con la comunidad. En este caso, es ello una enfermedad del corazón, y á veces del espíritu; es terquedad, falta de condescendencia, en una palabra, egoísmo y uno de los más perniciosos egoísmos, porque se cubre con un manto espiritual. Con frecuencia se le da otro nombre: falta de vocación para la vida pública. En definitiva, el nombre importa poco con tal que no se deje uno engañar por la cosa. ⁽¹⁾

Sólo aquí podemos comprobar las bienhechoras intenciones que, con relación á nosotros, animaban al Fundador del reino de Dios, cuando hizo de éste un reino visible, público y común.

El pobre espíritu humano que no conoce más que un solo centro y una sola medida de sus ideas, á saber, su propio *yo*, arde en la ambición de crearse él también un reino de Dios á su manera. Pero no puede lograrlo, porque siempre le faltarán los tres caracteres que acabamos de indicar.

Esto prueba la predilección que se tiene por la llamada Iglesia invisible, el amor á las sectas separadas, la inclinación á los cultos secretos, y á todo lo que los franceses

(1) Cf. Weiss, *Lebensweisheit*, (10), 406.

llaman *petites chapelles* y *petites dévotions*. Con tal que sea una cosa extraña, aislada, donde uno pueda arreglarse á su sabor, una nueva devoción, una asociación nueva, en una palabra, una excepción de la regla, vale cien veces más que todo lo que la Iglesia de Jesucristo hace á la luz del día en las grandes catedrales á la vista de todos.

No hay necesidad de explicar el perjuicio que este espíritu separatista causa á los individuos y á sus ideas religiosas. Estos últimos tiempos nos ofrecen tristes pruebas sobre esta materia. Ahora bien, ¿cómo remediar estas plagas, y cómo encaminar el egoísmo humano á la participación de las bendiciones que el Salvador ha prometido á los que se reúnen en su nombre por modo visible y autorizado por Él? ⁽¹⁾

Sólo hay un medio para lograr esto: someterse á una autoridad enérgica que impone límites á los excesos de la libertad y reduce el uso de ésta á justas proporciones.

Si, pues, el reino de Dios es una institución visible, con prácticas y obligaciones públicas, una institución en la que deben entrar todos los hombres, tiene que ejercer su poder sobre todos los cristianos, en todas las cosas que contribuyen á la edificación del reino de Dios, ya sean libres, ya ordenadas. Y todos los cristianos deben disponer en ellas su actividad según sus indicaciones.

De este modo no queda limitada la libertad, sino únicamente puesta en camino. Cuanto más considerable es el número de los que forman parte de la comunidad, mayor es su celo para trabajar juntos en el bien común, y más necesario es retenerlos y guiarlos, á fin de que la actividad de tantas personas no sea un obstáculo á ella misma, no destruya lo que debe construir.

8. La vida de la Iglesia y los medios de gracia como poder enteramente especial para favorecer los progresos en la vida espiritual.—Bien comprendido esto, nos pone en camino de responder á otra dificultad.

En general—se dice, y puede concederse para la vida

(1) Matth., XVIII, 20.

ordinaria—es difícil para el hombre hallar la vía recta sin un acto enérgico de voluntad. Pero atenerse, por modo absoluto para todos, á la exigencia que nos indicáis, ¿no equivale más bien á poner trabas al progreso hacia la vida moral más elevada, esto es, á la mística? ¿Quién es el que no pierde el ánimo, si á toda hora le es preciso descender á las prácticas de hombres imperfectos y de niños? Por otra parte, ¿puede uno encerrar el espíritu en los límites de las leyes generales?

La respuesta es muy sencilla.

El Salvador, al establecer su Iglesia, la dotó de su poder y de su gracia, y ordenó á todos los hombres que se dirigiesen á ella. Y no hizo excepción alguna.

Ahora bien, para no ser injusto con ella, debió darle los medios necesarios para conducirlos á todos á su fin.

Y esto es lo que hizo.

Sólo nos resta, pues, conformarnos con sus prescripciones.

Por lo demás, ésta es también la única condición que hay que cumplir para obtener inmediatamente los más felices resultados.

Apenas uno se ha conformado con estas prescripciones, cuando repentinamente siente aumentar su fuerza interna. Nuestra desgracia en todo consiste en tener horror á los límites, en el estudio como en nuestra conducta privada ó pública. De ello resulta que jamás logramos nada completo. En este caso, la limitación, por penosa que sea al orgullo y á la limitación, al desorden y al desarreglo, es el mayor beneficio y el único medio de salvación. Porque entonces no se disipan las fuerzas, sino que las dirige uno al fin propuesto, encontrando en ello el medio de aumentarlas y fortificarlas.

Este es precisamente el mayor servicio que puede hacerse á los que superan á los demás en dones, porque para ellos los peligros de caída y ruina son mucho más considerables.

No, no sólo son los pequeños, los débiles, los que más ne-

cesidad tienen de la disciplina de la Iglesia, sino los que mejor dotados están, y los que marchan por la vía del progreso.

Esto no ofrece duda alguna, si examinamos el asunto desde el simple punto de vista natural.

Pero es todavía más claro, si nos colocamos en el punto de vista sobrenatural. Que se estrene uno en la vida espiritual ó que haga en ella notables progresos, que sea uno grande ó que sea pequeño, siempre tiene necesidad de la gracia. Pero la gracia sólo se encuentra allí donde su autor la ha depositado, es decir, en la Iglesia. Además, no puede uno aprovecharse de ella, sino á condición de emplear los medios á los cuales va unida.

Aquí no hay diferencia ninguna; sólo que el que debe realizar una empresa mayor, tiene también necesidad de una gracia mayor.

Grave error sería creer que el cristiano que se encuentra en los más elevados grados de la vida espiritual, no necesita ya el auxilio de sus medios de salvación. Al contrario, debe usar de ellos en la misma medida que el que aspira á progresos más elevados. Y de ellos usará si se considera como hijo de la gracia. Pero si renuncia á esta prerrogativa, renuncia por el hecho mismo á la vida sobrenatural y á todo progreso en esta vida.

Para todos los grados de la vida espiritual, para los principiantes, para los que en ella progresan, para los perfectos, permanece siempre la misma institución del orden de salvación y de los medios de salvación.

Ahora bien, esta institución puede resumirse en pocas palabras: Sin medios de gracia, no hay gracia; sin Iglesia, no hay medios de gracia, y sin Iglesia, no hay unión con Jesucristo.

La única diferencia consiste en que los principiantes en la fe y en la vida cristiana ofrecen preferentemente esta adhesión en tanto que los que progresan en ellas, á medida que se acercan á Jesucristo, se dan mejor cuenta de la belleza, de la grandeza y de la necesidad de

todo lo que conduce á Él, del mismo modo que hacen mejor empleo de todos los medios á que va unido el aumento de su gracia, y por ello mismo, de la unión con Él. ⁽¹⁾

9. Sumisión á la autoridad y dirección de la Iglesia como medios de progreso en la vida espiritual.—

Por consiguiente, aquí tienen de nuevo aplicación las palabras del Espíritu Santo, á saber, que, para el justo, la ley no es yugo pesado, ⁽²⁾ sino que la lleva en el fondo de su corazón, ⁽³⁾ como un tesoro precioso y una protección sensible.

El modo más seguro de hacer progresos en todas las ciencias y artes consiste en armonizar los esfuerzos físicos é intelectuales con las leyes que las rigen. El que se siente lastimado en su libertad por las reglas de la lógica ó de la armonía, no es todavía más que un principiante. El pensador y el artista, de tal modo han familiarizado su espíritu con ellas, que ya no se preocupan de ellas lo más mínimo, porque sin ellas no pueden pensar. ⁽⁴⁾

Mientras uno se adhiere voluntariamente al mal, considera la ley que se lo prohíbe como una usurpación de la libertad. Cuanto más se familiariza con el bien, más estrecha se hace la unión de su corazón con la ley. En el momento en que no quiere ya otra cosa que el bien, ya no considera la ley como un poder extraño, porque se ha convertido en una sola y misma cosa con él en su voluntad y en sus esfuerzos.

Para el niño, todo maestro, toda disciplina, todo límite, toda autoridad, es una carga penosa y un obstáculo á su libertad; pero á medida que se desarrolla su inteligencia y se forma su corazón, comprende mejor la necesidad de una autoridad y de una dirección, y luego, llegado á la edad viril, se convierte en su defensor más celoso.

Con mayor razón, si se trata de la vida interior sobre-

(1) Cf. tomo V, X, 6.

(2) I Timoth., I, 9.

(3) Psalm., XXXIX, 9.

(4) Cf. tomo V, VII, 4.

natural, el progreso en la virtud conduce á tal inteligencia entre el corazón y la dirección á que ha confiado su alma, que es imposible hallar una comparación capaz de ofrecer de ella una idea exacta.

No hay grado en la amistad, ni dicha humana alguna comparable con la dulce intimidad que se establece entre el director espiritual y los que se confían libremente á su dirección.

La razón de ello se encuentra en la fe, en la naturaleza divina de la autoridad en general, y de la sobrenatural en particular, de esa autoridad á la cual Jesucristo nos ordenó que nos dirigiéramos para la dirección de nuestra vida espiritual.

Cuanto más se familiariza uno con la autoridad establecida por Dios y cuanto más en armonía se encuentra con su dirección, tanto más sólida es su fe, tanto más aumentan sus progresos en el bien, tanto más se aproxima á la unión con Dios.

CONFERENCIA XIV

LA AUTORIDAD EN NOMBRE DE DIOS

1. La montaña de Dios y los tres grados de la vida espiritual.—Las altas montañas ejercen sobre el corazón del hombre mayor atracción que el mar. ¿Quién podría contar los viajeros que las visitan anualmente, los cantos y las poesías que se les han consagrado, las leyendas misteriosas que á ellas se refieren? Quien una vez las ha visto, quiere volver á verlas. Ninguna fatiga, ningún peligro, ninguna dicha puede extinguir en él el deseo de escalar sus cumbres. Diríase que un encanto irresistible reside en ellas.

Pues bien, la Revelación divina ha sabido perfectamente sacar partido de esta curiosa inclinación. Todo lo que es propio para impresionar al hombre por su grandeza y sublimidad sobrenatural, es representado por ella con la imagen de montañas: Dios y su Hijo, el reino de Dios en la tierra, la Iglesia y su reino en el cielo. En una montaña proclamó el Salvador su ley y desplegó su divina magnificencia á los ojos de los Apóstoles arrobados. Retirábase á orar en la montaña; en una montaña empezó su sacrificio con penetrantes angustias, y lo consumó con su muerte. Desde la cima de una montaña elevóse á la gloria. Sobre una montaña está el Cordero⁽⁴⁾, hacia el cual se vuelven las miradas de todas las generaciones, á fin de hallar el camino que las haga salir de las profundidades de la vida y las conduzca á la paz y á la luz.

Tales son las santas montañas. Preciso es que uno se muestre muy insensible, para no experimentar esta atrac-

(1) Apoc., XIV, 1.